



UNA PASION

EL mar estaba brillante y tranquilo, agitándose apenas la marea, y, desde el muelle, toda la ciudad del Havre veía entrar los navíos.

Divisábaseles á lo lejos, numerosos; los unos, los grandes vapores, con un penacho de humo, los otros, los veleros, arrastrados por remolcadores casi invisibles, que erguían hacia el cielo sus mástiles desnudos, como árboles deshojados.

Acudían de todas partes hacia la estrecha boca del puerto, que se tragaba aquellos monstruos; y gemían, gritaban, silbaban, despidiendo columnas de vapor, como un sofocado aliento.

Dos jóvenes oficiales se paseaban por el muelle, atestado de gente, saludando, recogiendo saludos, deteniéndose á veces para hablar.

De repente uno de ellos, el más alto, Pablo de

Henricel, oprimió el brazo de su compañero Juan Renoldi; luego, en voz baja, «¡Toma!—le dijo—. Ahí tienes á la señora de Poinçot. Mírala bien; te aseguro que te guiña el ojo.»

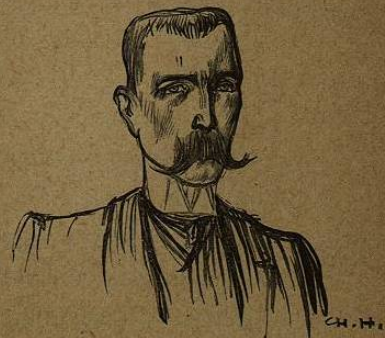
La aludida marchaba del brazo de su marido, un



rico armador. Era una mujer de cuarenta años próximamente, aún muy hermosa, algo gruesa, pero que se conservaba tan fresca como cuando tenía veinte años, gracias á sus carnes. Sus amigos la lla-

maban la Diosa, á causa de sus modales altivos, sus grandes ojos negros y toda la nobleza de su persona. Había sido siempre irreprochable; nunca le había alcanzado una sospecha. Citábasela como ejemplo de mujer honorable y sencilla, y era tan digna, que ningún hombre se había atrevido á pensar en ella.

Y he aquí que desde hacía un mes Pablo Henricel afirmaba que la señora de Poinçot miraba á su amigo Renoldi con ternura; é insistía en ello, diciendo: «Puedes tener la seguridad de que no me engaño; veo claro en ese asunto; te ama; te ama apasionadamente, como mujer casta que nunca amó.



Cuarenta años es una edad terrible para las mujeres honradas, cuando tienen sentidos; tórnanse locas y hacen locuras. Está tocada, amigo mío; como un ave herida, cae, va á caer en tus brazos... Mira, mira.»

La corpulenta mujer, precedida de sus dos hijas,

de doce y quince años, había súbitamente palidecido al ver al oficial. Le miraba ardientemente, fija la vista, y no parecía distinguir nada á su alrededor, ni á sus hijos, ni á su esposo, ni la muchedumbre. Saludó á los jóvenes sin bajar su mirada, tan ardorosa que una duda penetró al fin en el cerebro del teriente Renoldi.

Su amigo murmuró: «Estaba seguro de ello. ¿Lo has visto ahora? ¡Caramba, y aún es buen bocado!»

* * *

Pero Juan Renoldi no quería intrigas mundanas. Poco buscador de amores, deseaba ante todo una vida tranquila y se contentaba con las amistades de ocasión que un joven siempre encuentra. Todo el acompañamiento de sentimentalismo, las atenciones y las ternuras que exige una mujer bien educada, le aburrían. La cadena, por ligera que fuese, que ata siempre en una aventura de esta índole, dábale miedo. Decía: «Al cabo de un mes estoy hasta el cogote, y véome obligado á tener paciencia durante seis meses por cortesía.» Además, una ruptura le exas-

peraba con las escenas, las alusiones y las insistencias de la mujer á quien se abandona.

Evitó el encuentro con la señora de Poinçot.

Pero una noche, en cierta comida, se encontró en la mesa sentado junto á ella; y constantemente tuvo sobre la piel, en el ojo y hasta en el alma, la ardorosa mirada de su vecina; sus manos se encontraron, y, casi involuntariamente, se estrecharon. Aquello era ya el principio de una aventura.

A pesar suyo, volvía á ver sin cesar. Sentíase amado; enterneciöse, invadido por una especie de piedad vanidosa, ante la violenta pasión de aquella mujer. Dejöse, pues, adorar, y fué sencillamente galante, esperando no pasar del sentimentalismo.

Mas ella le dió una cita, para tener el gusto de verle y hablarle á solas, según le significó. Atolondrada, se dejó caer en sus brazos; y él se vió obligado á ser su amante.

* * *

Aquello duró seis meses. Ella le amó con amor desenfrenado, profundo. Encerrada en su fanática pasión, no pensaba en nada; habíase dado por en-

tero; su cuerpo, su alma, su reputación, su posición, su dicha, todo lo había arrojado en la llama de su corazón, como se lanzaban, en un sacrificio, todos los objetos preciosos á la hoguera.

Él estaba cansado hacía mucho tiempo, y lamentaba vivamente sus fáciles conquistas de apuesto oficial; pero estaba ligado, retenido, prisionero. A cada instante decíale ella: «Te lo he dado todo; ¿qué más quieres?» Él tenía deseos de responder: «Yo nada te pedía, y te ruego recojas lo que me dieras.» Sin temor de ser vista, de comprometerse y perderse, iba á casa de él todas las noches, más inflamada cada vez. Abalanzábase en sus brazos, estrechábale entre ellos y deshacíase en besos exaltados, que á él le fastidiaban horriblemente. Decía, con voz cansada: «A ver si eres razonable.» Ella le respondía: «¡Te amo!»; y arrodillábase á sus pies, para contemplarle en una postura de adoración.

Bajo aquella mirada obstinada, él exasperábase al fin, y quería levantarla, diciéndole: «Vamos, siéntate, y hablemos.» Ella murmuraba: «No, déjame»; y permanecía de rodillas, en éxtasis el alma.

—Le pegaré, te lo aseguro—decía el joven, hablando con su amigo—. ¡No quiero seguir, no quie-

ro! Es menester que esto acabe, ¡y que acabe en seguida! Luego agregaba: «¿Qué opinas que debo hacer?» El otro respondía: «Rompe con ella.» Y añadía Renoldi, encogiéndose de hombros: «Muy pronto lo dices. ¿Crees tú que es tan fácil romper con una mujer que martiriza con sus atenciones, que atormenta con sus miramientos, que persigue con su ternura, cuyo único cuidado es agradar y la única culpa el haberse entregado, á pesar de uno?»

Pero he aquí que cierta mañana se supo que el regimiento iba á cambiar de guarnición; Renoldi bailó de alegría. ¡Estaba salvado! ¡salvado, sin escenas, sin gritos! ¡Salvado!... Ya sólo era cuestión de tener paciencia dos meses... ¡Salvado!...

Por la noche ella entró en su casa más exaltada aún que de costumbre. A su oído había llegado la horrible nueva, y sin quitarse el sombrero, cogiéndole las manos y oprimiéndoselas nerviosamente, los ojos en los ojos, vibrante y resuelta la voz: «Vas á marcharte—le dijo—; lo sé ya.» Primero sentí el alma rota, luego comprendí lo que tenía que hacer. No vacilo. Vengo á darte la mayor prueba de amor que una mujer puede ofrecer: te sigo. Por ti abandono á mi esposo, mis hijos, mi

familia. Me pierdo, mas soy feliz; parece que me doy á ti de nuevo. Es el último y mayor sacrificio; ¡soy tuya para siempre!»

Sintió él un sudor frío en la espalda y fué presa de una rabia sorda y furiosa, de una cólera de ser débil. Sin embargo se calmó, y en tono desinteresado, con mil dulzuras en la voz, rehusó su sacrificio, trató de apaciguarla, de conducirla á la razón, de hacerla comprender su locura. Ella le escuchaba mirándole con sus negros ojos, displicente el gesto, sin responder. Cuando él hubo acabado, se limitó á decirle: «¿Serías, por ventura, un infame? ¿Serías uno de esos que seducen á una mujer para abandonarla pasado el primer capricho?»

Él se puso pálido y volvió á sus razonamientos; hízole ver las inevitables consecuencias de semejante acción: su vida quebrantada, la consideración perdida... Ella respondió obstinadamente: «¡Qué importa eso cuando se ama!»

Y de repente el oficial hizo explosión: «Pues bien—dijo—, ¡no! ¡no quiero! ¿Oyes? No quiero; te lo prohibo.» Luego, impulsado por sus hondos rencores, vació su corazón. «¡Voto al chápiro!—gritó— Hace ya mucho tiempo que me amas á pesar mío.

¡No faltaría más sino que te llevase! ¡Gracias, hija!»

Ella guardó silencio; mas su lívido rostro tuvo una lenta y dolorosa crispación, como si todos sus nervios y sus músculos se hubieran retorcido. Y se marchó sin despedirse.

Aquella misma noche tomaba un veneno. Creyó-sela perdida durante una semana. Y en la ciudad se charló, se la compadeció, excusando su falta en gracia á la violencia de su cariño; porque los sentimientos extremos, haciéndose heroicos por su impulso, conquistan el perdón de lo que tienen de condenable. Una mujer que se mata ya no es, por así decirlo, adúltera. Y en breve todo el mundo reprochó la conducta del teniente Renoldi, que se negaba á verla.

Contábase que la había abandonado, haciéndole traición, pegándola. El coronel, apiadado, dijo algo al oficial por medio de una alusión discreta. Pablo de Henricel criticó á su amigo: «¡Caramba, hombre!—le dijo—, no se deja morir á una mujer. ¡Eso está mal hecho!»

El otro, exasperado, obligó á callar á su compañero, que llegó á pronunciar la palabra *infamia*. Se

batieron. Renoldi fué herido, con general satisfacción, y guardó cama mucho tiempo.

Ella lo supo y le amó aún más, creyendo que se había batido por ella; pero, no pudiendo salir de casa, no le volvió á ver antes de marcharse el regimiento de la ciudad.

Tres meses llevaba Renoldi en Lilla cuando recibió, cierta mañana, la visita de una joven, la hermana de su antigua amante.

Después de grandes sufrimientos y una desesperación que no había podido vencer, la señora de Poinçot iba á morir. Estaba condenada, sin esperanza de salvación. Le quería ver un minuto, nada más que un minuto, antes de cerrar los ojos para siempre.

La ausencia y el tiempo habían aplacado la saciedad y la cólera del joven; se enterneció, lloró y marchó al Havre.

Ella parecía agonizar. Dejóseles solos; y Renoldi fué presa, sobre el lecho de aquella moribunda á quien había asesinado á pesar suyo, de una espantosa pena. Sollozó y la abrazó, besándola con labios dulces y apasionados, con besos que nunca había tenido para ella, balbuceando: «No, no, no morirás;

te curarás y nos amaremos... nos amaremos... hasta el último instante.»

Ella murmuró: «¿De veras? ¿Me quieres?» Y él, en su desolación, juró, prometió esperar á que se hubiese curado, y estuvo largo rato, en su piedad, besando las enflaquecidas manos de la pobre mujer, cuyo corazón latía desordenadamente.

Veinticuatro horas después regresaba á su regimiento.

Y seis semanas más tarde ella se le reunía, envejecida en grado sumo, desconocida, y más enamorada que nunca.

Enloquecido, volvió á tomarla á su lado. Luego, como vivían juntos á la manera de las gentes legalmente unidas, el mismo coronel á quien había indignado el abandono de antes, se rebeló contra aquella situación ilegítima, incompatible con el buen ejemplo que deben los oficiales en su regimiento. Advirtió de ello á su subordinado con grandes insistencias, y Renoldi presentó su dimisión, que fué aceptada.

Fuéronse á vivir á una «villa» situada á orillas del Mediterráneo, el clásico mar de los enamorados.

Y así transcurrieron tres años más. Renoldi, doblado bajo el yugo, estaba vencido, acostumbrado á aquella ternura perseverante. Ella tenía entonces los cabellos blancos.

Considerábase el joven como un hombre rematado, inutilizado. Toda esperanza, toda carrera, toda satisfacción, toda alegría, estábanle vedadas en lo sucesivo.

Así las cosas, una mañana le fué entregada una tarjeta que decía: «José Poinçot, armador. El Havre.»

¡El marido! El marido, que hasta entonces no había dicho nada, comprendiendo que no se debe luchar contra la obstinación de las mujeres. ¿Qué quería?

Esperaba en el jardín; habíase negado á penetrar en la morada. Saludó cortésmente, no quiso sentarse, ni sobre un banco de la avenida, y comenzó á hablar con claridad y lentitud.

—Caballero—dijo—, no vine á dirigir á usted el menor reproche; sé demasiado cómo las cosas han ocurrido. Sufrí... sufrimos ambos... una especie de... de fatalidad. Nunca les hubiera molestado á ustedes en su retiro si la situación no hubiese cambiado. Tengo dos hijas, caballero. Una de ellas, la

mayor, ama á un joven, y es correspondida. Pero los parientes del muchacho se oponen al matrimonio, dando por pretexto la situación de la... madre de familia. No tengo ni cólera ni rencor; pero adoro á mis hijas, caballero. Y he venido á reclamar á usted... mi mujer; espero que hoy consentirá en volver á mi casa... á su casa. Cuanto á mí, aparentaré olvidar por... por mis hijas.

Renoldi recibió en el corazón un golpe violento, y sintióse inundado de un delirio de alegría, como el condenado que recibe su perdón.

Balbuceó:

—Sí...; ciertamente, caballero...; yo mismo... créame usted...; sin duda...; es justo... muy justo.

Y tenía ganas de coger las manos de aquel hombre, de estrecharle entre sus brazos, de besarle en las mejillas.

Añadió:

—Pero entre usted. En el salón estará mejor que aquí; voy en su busca.

Esta vez, el señor Poinçot no resistió ya, y tomó asiento.

Renoldi subió la escalera en pocos saltos; luego, delante de la puerta del gabinete de su querida se

calmó, y díjola, penetrando, gravemente: «Abajo te llaman; trátase de una comunicación acerca de tus hijas.» Ella se irguió. «¿De mis hijas?—dijo—¡Cómo! ¿Qué hablas? ¿No han muerto acaso?»



—No—replicóla el joven—. Pero existe una grave situación que sólo tú podrías resolver.

Ella no escuchó más y bajó rápidamente.

Renoldi esperó mucho tiempo, mucho tiempo. Después, como á sus oídos llegaron voces irritadas, decidióse á bajar al salón.

La señora de Poinçot estaba en pie, exasperada,

pronta á salir, mientras que el esposo la retenía por el vestido, repitiendo:

—¡Pero comprenda usted que pierde á nuestras hijas, á sus hijas, á nuestras hijas!

Ella respondía obstinadamente: «¡No volveré á su casa de usted!» Renoldi lo comprendió todo, se acercó desfalleciente, y balbuceó: «¡Cómo! ¿Se niega?» La mujer volvióse hacia él y, no tuteándole delante del esposo legítimo por una especie de pudor,

—¿Sabe usted—le dijo—lo que me pide? ¡Quiere que vuelva á su casa!

Y se burlaba, con una especie de desdén por aquel hombre casi arrodillado y que se deshacía en súplicas.

Entonces Renoldi, con la determinación del desesperado que echa mano del último recurso, púsose á hablar á su vez, defendió á las pobres niñas, al esposo, se defendió á sí mismo. Y cuando se interrumpía, buscando un argumento nuevo, el señor Poinçot, no sabiendo ya qué decir, murmuró, tuteándola en un retorno de vieja costumbre instintiva: «¡Vamos, Delfina, piensa en las muchachas!»

Entonces ella envolvióles á los dos en una mira-

da de soberano desprecio, y en seguida, echando á correr hacia la escalera, les gritó:

—¡Sois unos miserables!

Cuando quedaron solos, ambos hombres miráronse un momento tan abatidos, tan agotados el uno como el otro; y el señor Poinçot recogió su sombrero, caído junto á él, quitó con la mano el polvo de sus rodillas, y á continuación, con un desesperado gesto, mientras Renoldi acompañábale hasta la puerta, díjole, después de saludarle:

—Somos bien desdichados, caballero.

Luego se alejó con tardo paso.



CORRESPONDENCIA

La señora de X... á la señora de Z...

Etretat, viernes.

Mi querida tía: Poco á poco me acerco á usted. Estaré en esa el 2 de Septiembre, víspera de la apertura de la caza, á la cual no faltaré; quiero mortificar á esos hombres. Es usted demasiado buena, adorada tía, y les permite el día ese, cuando está sola con ellos, que coman sin cambiar de ropa y hasta sin afeitarse, bajo pretexto de fatiga.

Así que celebran infinito que yo no esté ahí. Pero estaré y pasaré revista, como un general, á la hora de comer, y al que encuentre un poco descuidado, nada más que un poco, le enviaré á la cocina con la servidumbre.

Los hombres de hoy día tienen tan pocos mira-